

Un café

Juan Diego Cifuentes



Capítulo 1

La cafetera hacía de nuevo el ruido que Bernardo ha querido ignorar desde hace ya tres meses, es parte ahora del ritual de la mañana pensar en repararla o en comprar una nueva. Coloca la taza encima de la mesa, empujándola hacia abajo con sutileza pero con firmeza. El café crea olas dentro de la taza y un par de gotas saltan, se separan del resto del líquido y vuelven a caer ahí mismo con una perfección acrobática, sin derramarse, el primer logro del día, el único seguramente.

-Tus desayunos son previsibles y tú también lo eres así te esfuerces en ocultarlo.

-Los desayunos son excusas para no beber café solo- dijo Bernardo con cierta voz de enfado, aunque sabía que tenía razón. - ¿Cuándo llegaste?

-Nunca me fui, lo sabes.

Bernardo reprimió las ganas de llorar que lo invadieron de repente. Cada vez que hablaban solo podía pensar en llorar, ni en café, ni en huevos, ni en día soleado, en nada que no fuera llorar. Alzó los ojos y la luz que les llegaba reflejada de color azul y blanco desde los azulejos de la cocina hizo que sus ojos parecieran hechos de cristal. El nudo en la garganta era cada vez más fuerte y cada bocado de pan dolía más que el anterior, miraba a la mesa determinado casi furiosamente a no levantar los ojos, obstinado, como un niño al que lo reprenden por llevar la contraria. No había vuelto a tocar la taza de café.

-Sabes que si no me miras no te puedo mirar.

-Solo repites lo que yo hago, o yo repito lo que tú haces, ya se me olvidó, ya no me importa.

Los platos de los dos se vaciaban con una precisión casi ensayada. Bernardo bajó la cabeza y tocó su tabique con el pulgar y el índice, siempre había hecho eso cuando le daban ganas de llorar. Al otro lado de la mesa también, cabeza baja y dedos en el tabique.

-Sabes que no estoy acá para atormentarte, siempre voy a estar a tu lado.

Bernardo alzó la cabeza y escuchó mientras miraba hacia la ventana que estaba justo en el medio de ellos dos, en la pared que da a la calle, sus ojos aún brillaban pero ya no era el sol. Hace tiempo que nada parecía tener mucho sentido para él, para ninguno de los dos. Nada nunca lo ha tenido, siempre ha sido así, se escuchó decir con resignación, esa de la que parecía que ya no era posible escapar. Bernardo se seguía

empeñando en no mirar hacia el otro lado de la mesa, sabía que era por miedo pero se negaba a admitirlo, ¿miedo a qué? ¿a quién?

Finalmente, después del primer trago de café tibio, se atrevió a mirar a quien le hablaba y lo vio ahí, con sus ojos clavados en los de él, se notaba que luchaban ferozmente para no bajar la mirada y empezar a llorar.

Su café estaba tibio también, sus ojos negro y pequeños, un poco rasgados, también parecían los de un niño, sus manos se movían de forma armoniosa, nada tosca, se vestía con la misma ropa que Bernardo, no era coincidencia. Por un momento a Bernardo le pareció que veía hacia la ventana y se sorprendió. El paisaje que ofrecía el otro lado de la única ventana de la cocina era una calle que siempre permanecía sola, con árboles pequeños cada diez metros, con edificios de apartamentos que son todos iguales entre sí, donde viven personas todas iguales entre sí, que tienen perros todos iguales entre sí, que tienen vidas todas iguales entre sí. Hablaron por casi dos horas sobre eso, también concluyeron que ellos eran como los que se parecen entre sí, no hay diferencia.

El café se acabó y Bernardo hizo un gesto con la boca señalando su taza y mirando hacia el otro lado de la mesa en señal de pregunta hacía quien lo veía fijamente. No, escucho Bernardo y estuvo de acuerdo, no podía alargar su soledad una taza más, demasiada tortura ver aquel espejo montado con toda delicadeza sobre una silla por el tiempo que dura otra taza de café. Bernardo se levantó y dio la espalda a la mesa para poner su taza junto al lavaplatos, sabía que al otro lado de la mesa él hacía lo mismo, se sintió acompañado. Ya el sol entraba en un ángulo que golpeaba el espejo con la rabia con la que Bernardo quería golpearlo con un martillo, con un ladrillo, con una patada, con lo que tuviera cerca y pudiera romperlo. Quería descargar su rabia, su soledad, pero no quería romper el último hilo que lo conectaba a la cordura, así que dejaba que el sol lo golpeará por él.

Abrió la ventana y vio la calle tan vacía como siempre, miró hacia el otro lado de la mesa, lo vio llorar, se vio llorar. Sin embargo, esta vez sus lágrimas veían acompañadas de carcajadas grandes y ruidosas, la tristeza y la alegría profundas en poco se diferencian. Después de unos tres minutos de reír y llorar y maldecir y cuestionar su propia cordura, Bernardo se sentó, cerró los ojos y se durmió, sabiendo que mañana sería un día como hoy, como ayer, como será en dos meses. Sobreviviendo a su soledad con su propio reflejo.